

Años más tarde, en 1954, viajó a América del Norte. Escribe en esa ocasión un reportaje, con mucha menos carga ideológica. Según explica en el prólogo de «Week-end (d'estiu) a Nova York» el reportaje «És feina periodística; és un treball d'informació servida amb amenitat, de fàcil accés: un esforç d'observació i de descripció limitat en el temps i l'espai». Y continúa: «Les pretensions de un reportatge estan deliberadament subjectes a la momentaneïtat i contenen, per tant elements de fugacitat». La conclusión es consustancial con el particular *Weltanschauung* del escritor ampurdanés: «Ara, la pedra de toc d'un reportatge és el fons objetiu» (7). A la busca de ese fondo de objetividad dedicará varios días y artículos. El viaje partió de un encargo del editor de la revista *Destino*, Josep Vergés. Se trataba de efectuar una breve visita en barco a Cuba y Nueva York y preparar así una serie de diez o doce «grandes reportajes» para la revista.

Era un encargo que recibía un escritor de 57 años, con 40 de ejercicio de la profesión, pero que había limitado notablemente sus escapadas al extranjero después de la guerra civil. Esto nos llama la atención sobre un aspecto del observador Josep Pla. Antes de la guerra civil, en la década de los veinte y de los treinta, se convirtió en un periodista de los que ahora denominaríamos *free-lancer*. Josep Pla pasó por la mítica tertulia del Ateneu Barcelonés que presidía Quim Borralleres, y en la que también participaron, entre otros personajes ilustres, escritores como Francesc Pujols, Josep M. de Sagarra y Alexandre Plana, su maestro en escritura. Josep Pla se desplazó por primera vez a París con un encargo periodístico digno, en 1920, como corresponsal de *La Publicidad*. Y desde entonces residiría en las principales capitales europeas: Madrid, Londres, Berlín, Estocolmo, etc. Después de la guerra renunció, en apariencia, al cosmopolitismo del período anterior, y se refugió en su disfraz de payés curioso y socarrón, que efectuaba breves escapadas al exterior a través del viaje.

Pla usa y abusa del plagio. En América utiliza mejores fuentes (y le acompaña una mejor actitud); a pesar de todo, éstas son las páginas más sosas de sus libros. Necesarias, quizá, puesto que así lo exige el tipo de texto, pero aburridas. Se justifican por la exigencia del género, antes de la época de la televisión y de la comunicación instantánea, de dar detalles materiales al viajero que lee el libro, situado en el país, desde la comodidad de la butaca de su casa.

Pero donde de verdad brilla el ingenio de Josep Pla es en esos *ex-cursus*, auténticos ejercicios creativos de síntesis e intuición. Así lo reconoce en el viaje a Nueva York: «I predomin aquestes expansions de tipus intuïtiu, merament intuïtiu, que surten massa sovint de la meva ploma» (109). Precisamente, al lector le saben a poco estas «expansiones». Es esa actitud lo que le permite, recién desembarcado en Nueva York, el

fijar el carácter básico del nuevo país que conoce: «Al carrer, les primeres sorpreses són aquestes: primer, l'abundància de tendes: després, l'abundància prodigiosa, atabaladora, de cotxes en marxa o aturats» (36). El topos de la fabulosa abundancia se va repitiendo de mil formas, a partir de multitud de detalles: el hormigueo de la masa neoyorquina, las raciones en los restaurantes, el Museo Metropolitano, sobre el que escribe: «Personalment, el que a Nova York m'ha produït la impressió de més riquesa ha estat precisament aquest museu» (97). O subraya el efecto de abundancia fijándose en detalles ínfimos: «La cuina del Waldorf ha pogut servir 3.000 dinars en 30 minuts. És el rècord. En aquest país, davant d'un rècord no es pot ni respirar» (210).

Frente a la información adocenada y repetitiva, que pasa mecánicamente de una a otra guía (Baedeker, *Guide Bleue*, etc.) brillan con un valor característico esas «intuiciones» más o menos sistematizadas, que demuestran el saber de observador de Josep Pla. El poder reducir una realidad compleja y variopinta como la estadounidense a tres elementos: «Venint d'Europa, tres coses sorprenen, en aquest país, d'entrada: la netedat, l'ordre que hi ha a tot arreu, la impressió que tothom sap el que vol i que va al gra» (47). Como para subrayar su condición de campesino, quiere visitar un pueblecito, para comprobar el contraste con Nueva York. En seguida descubre las cuatro cosas más importantes: el *supermarket* (que traduce por *mercat*), la estación de servicio, la capilla o capillas, y el campo de deportes (confiesa, de paso, una ignorancia *absoluta i completa* en materia deportiva) (135-139).

El cómputo de la diferencia abre, de cuando en cuando, sus puertas a comentarios más líricos. Al anochecer del primer día de estancia musita una impresión:

«Ens agafà el capvesprol contemplant el fascinant espectacle, i així, de cop i volta, la ciutat esdevingué com un braser de foc —un braser d'unes proporcions fenomenals—. Aparegué la llum en els centenars, milers de finestres de les estructures elevades que coincidí amb el raig luminotècnic —vermell, verd, ambre, blanc, groc, malva— del comerç dels carrers. L'aparició dels focs fou com un espectec violent, d'una força puixant. Se suspengué sobre la gran ciutat com un baf rogenic de proporcions fantàstiques, gairebé diria còsmiques, que em produí una angoixa estranya i inexplicable» (46).

Es el típico producto de lo que Claudio Guillén ha denominado la «voraz capacidad de sensación» (34) de la que Pla hace gala con profusión. En otra ocasión esa voracidad le empuja a escribir comentarios que ahora nos pueden parecer curiosos, fuera de tono, pero que son de una gran exactitud: «Les dones americanes vistes d'esquena sempre semblen més joves que no són en realitat» (44).

Josep Pla, en una muestra del plagio por la vía negativa (es decir, contestando unas opiniones que le parecen poco afortunadas) arremetía en los términos siguientes contra Paul Morand:

«Quina delirant fantasia portà els primers observadors de les estructures verticals –tipus Morand– a dir que aquesta arquitectura prové del món còsmic, del temple del Sol, dels asteques i de no sé quines altres fantasies! De vegades els escriptors francesos, posats a exagerar, no tenen rival possible» (190).

El viaje lleva su fecha inscrita, no sólo en el título, sino en los gestos de sorpresa que le producen determinados detalles, hoy ya plenamente establecidos entre nosotros. Los americanos del *Middle West* son «menjadors de blat de moro torrat, bevedors de la magnífica llet que es produeix en el país, degustadors d'una beguda desagradable anomenada Coca-Cola» (166). Y junto a ello, aparece la sorpresa ante maneras de organización de la vida en lo que Pla (como Julio Camba) llamaba la ciudad automática. El teléfono y sus usos (compras a distancia, servicio despertador, informaciones meteorológicas que sustituyen al periódico, etc.), el *frigidaire* y las nuevas maneras de comer, los productos congelados. Le sorprenden también los supermercados, porque son inodoros, y porque suponen una civilización basada en el automóvil y el frigorífico. (364-369).

Un detalle interesante que nos acerca a la perspectiva desde la cual escribe Pla, y que prepara al posible lector lo notamos en los diversos comentarios sobre el impacto que las películas vistas sobre Nueva York tienen en la primera impresión, al visitarla de verdad. Él insiste en su condición de «payés» casi *naïf*: «El fet que jo hagi anat tan poc al cinema m'ha permès ara de tenir el candor de la curiositat immediata» (167). Él detecta la mezcla de sensaciones que produce la primera visión de Manhattan: la sorpresa ante la realidad descomunal y el reconocimiento, al mismo tiempo, de tantas vistas fijadas en la retina a través de las fotografías o del cinematógrafo (31-32).

El viajero que visita América proveniente de Europa se siente pronto empujado a comparar lo que ve con la realidad europea. O, mejor, de su país de origen. Los restaurantes italianos de Nueva York hacen exclamar a Pla: «Tot plegat em produí la il·luisó que les distàncies intercontinentals s'havien escurçat considerablement» (56). Pero los comentarios anecdóticos, abren paso a otros más profundos. Como, por ejemplo, sobre el sentido complejo de la relación entre lo americano y lo europeo que adivina en Nueva York. Tiene sobre ello dos intuiciones: «En aquesta ciutat, s'hi pot viure amb una llibertat que a Europa ja és impossible (...) Per altra part, tinc la impressió que aquí hi ha cada dia menys geografia i més sensibilitat». Así se permite concluir: «És per aquestes raons

que Nova York em sembla la realització d'una Europa frustrada, salvant sempre, és clar, les diferències d'eficàcia i de riquesa» (80).

La capacidad de observación de Josep Pla nos transporta a un tiempo y un espacio lejanos. Ante la sorpresa que le produce lo desconocido, se queda sin palabras suficientes para describir la novedad. Lo que nos transmite, pálido reflejo de una rica experiencia, demuestra el valor único de la literatura –frente a los llamados audiovisuales– para transportarnos lejos, por un precio módico y con una variedad de matices insuperables. Los planes de viaje traducen el acicate de una curiosidad activa y las reacciones ante realidades con las que simpatiza en mayor o menor cuantía. Pla como viajero saber volver a tiempo, y poder transformar el mirar en escritura. En sus viajes por Europa y América, antes y después de la guerra, o en los viajes a su propia obra, en ese proceso de reescritura que se produce después de 1939, Pla propone unas experiencias originales de aventura. Para él y para el lector.

Enric Bou

Obras citadas

GUILLÉN, CLAUDIO. «Lección de Josep Pla». *Revista de Occidente* 9 (1981): 27-39.

PLA, JOSEP. *Les Amériques*. Barcelona: Edicions Destino, 1978.

PLA, JOSEP. *Viatge a Rússia*. Barcelona: Edicions Destino, 1990.

GRUDZINSKA GROSS, IRENA. «Stendhal, Travel Writing, and Plagiarism». *Nineteenth-century French Studies* XVIII. 1-2 (1989-90): 231-235.

ROUSSET, JEAN. *Le lecteur intime: de Balzac au journal*. París: J. Corti, 1986.